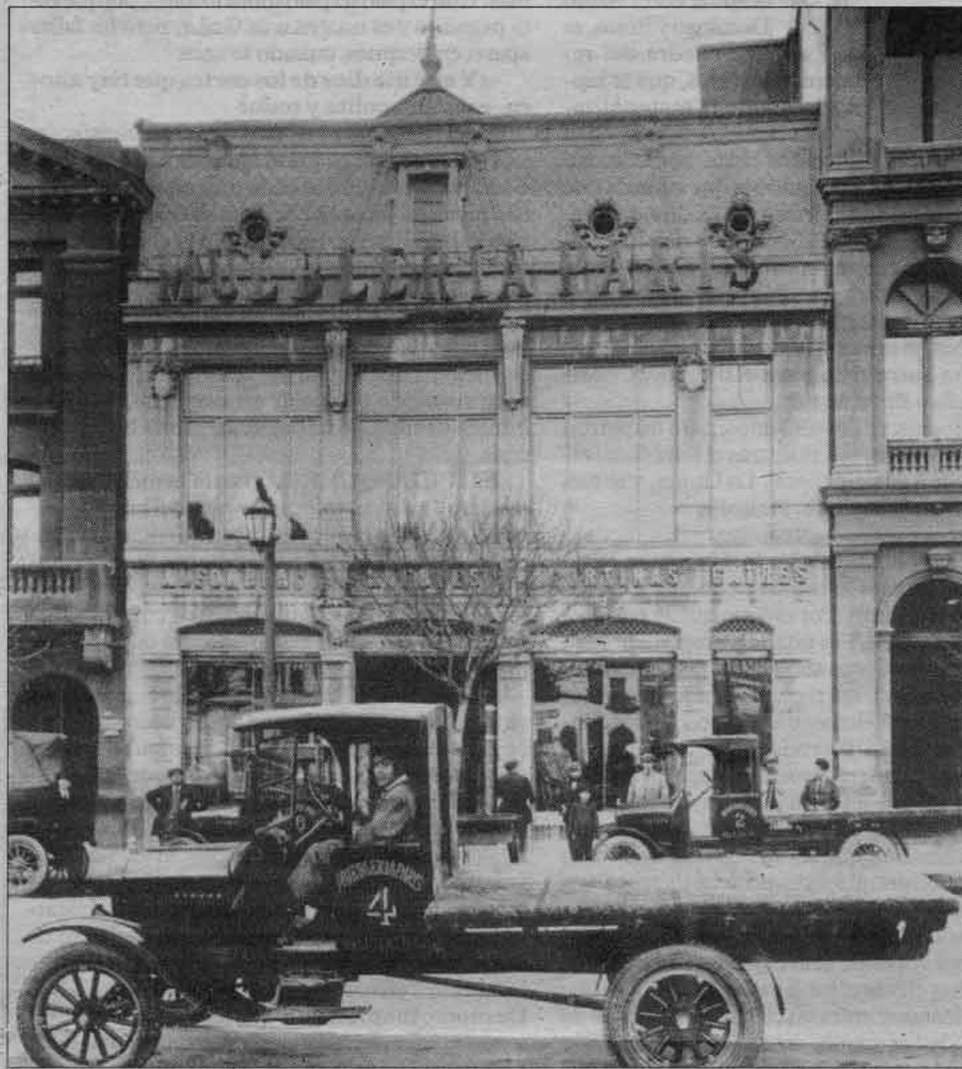




Según Délano, el automóvil resultaba un bien inaccesible para el escritor de aquellos tiempos.

MÁS SOBRE L.E. DÉLANO

En el volumen "Aprendiz de escritor" -Pluma y Pincel, 1994-, por Luis Enrique Délano, comentado días atrás, se pinta lo que era Santiago en los años 30, una ciudad con pocos automóviles, "pero con un número suficiente de tranvías, que llamábamos carros, y de autobuses, que llamábamos góndolas". Según Délano, el automóvil resultaba un bien inaccesible para el escritor de aquellos tiempos. Por lo menos la experiencia del autor derivaba de lo que veía entre sus amigos. Con exactitud no podía decir si pasaba lo propio con los colegas que él consideraba ricos: Pedro Prado, Vicente Huidobro. El primer hombre de letras conocido que compró un automóvil fue Augusto Iglesias. Un día llevó a Délano desde la Librería Francesa, donde se juntaba una tertulia literaria al mediodía, hasta un lugar de la calle San Isidro en que vendían unas empanadas muy buenas. El viaje se hizo a la vuelta de la rueda. Augusto Iglesias explicó el motivo de su extrema prudencia:

-No soy ningún imbécil para matarme o para chocar el auto, que me ha costado bastante caro.

MÁS TARDE SE SUMÓ Tomás Lago, con un De Soto, a las huestes de los automovilistas. Un día, Lago y Délano de regreso de Cartagena con las hermanas Falcón, sus novias, quedaron en pana. Tomás Lago no tenía ni la más remota idea del funcionamiento de un automóvil. Se sentaron a la orilla de la carretera a fumar, con la esperanza de que un alma caritativa los auxiliara. Se detuvo el conductor de un camión:

-¿Tiene bencina?

-Sí, le echamos en San Antonio.

El chofer levantó el capó, movió algo y el De Soto volvió a funcionar normalmente.

Según apunta Luis Enrique Délano, en general, los escritores eran gentes pobres que debían trabajar esforzadamente en el profesorado, en la administración pública, en el periodismo, para poder subsistir y escribir. "Tuve poetas amigos que vivían en conventillos, de a dos en una pieza, y que comían poco. En esos tiempos la tuberculosis, enfermedad de pobres, se ensañaba con los poetas. Romeo Murga murió de ella y a Gerardo Seguel lo salvó Juan Gandulfo. Nadie, absolutamente nadie, vivía de derechos de autor. Alberto Romero, para citar un ejemplo, trabajaba como cajero en la Caja de Crédito Hipotecario... Alberto Romero provenía de una familia patricia, que en otra época fue pudiente. En su casa paterna, donde estuve varias veces, había hermosos muebles de caoba y cuero, grandes pinturas antiguas y otras muestras de un pasado rico..."

"**LAS ÚLTIMAS NOTICIAS**", como diario, ocupa un puesto de honor en este fi-

no y atractivo libro de memorias. Cuando cayó Ibáñez se inició un difundido proceso público, político y periodístico, a la dictadura. Mucha gente tenía cosas que decir, recuerda Luis Enrique Délano. Por de pronto, Alberto Romero dio a conocer su obra "La novela de un perseguido". Se formó así la Asociación de Perseguidos por la Dictadura. En "Las Últimas Noticias" a modo de folletín, apareció el relato de Roberto Meza Fuentes titulado "Más Afuera, 1929", que elevó ostensiblemente el tiraje del diario. Recordamos que, en casa, nuestra madre fue lectora conmovida de los episodios relatados con pluma casi romántica por Roberto Meza Fuentes. Allí, algún detalle nada obsequioso para su persona irritó sobremanera al escritor Eugenio González Rojas, que acabó por retar a duelo a Meza Fuentes. Alcanzaron a designarse los padrinos: Ricardo A. Latcham y Víctor Celis por Eugenio González; Raúl Silva Castro y Abel Valdés por Roberto Meza Fuentes. Un tribunal de honor formado por Clemente Díaz León, Pedro León Loyola y Carlos Alberto Martínez determinó, finalmente, que no había el duelo en vista de que en la prensa habían seguido disparándose andanadas después de la designación de los padrinos. Al respecto, el código de honor del Marqués de Cabriñana era muy estricto.

PARA SUCEDER A IBÁÑEZ -escribe Luis Enrique Délano- fue elegido un abogado tímido y superlegalista, sin solidez ni respaldo político, don Juan Esteban Montero. No dio ni un solo paso para mantenerse en el poder, que por lo demás no le gustaba cuando el 4 de junio de 1932 lo derribó la revolución "socialista". Según Délano, el Director de "Las Últimas Noticias", Byron Gignoux James, muy joven entonces, tuvo a su cargo la interpretación más oportuna y graciosa del episodio de la caída de Montero: "Don Juan Esteban no se defendió porque no tenía permiso para cargar armas".

En la tertulia de la Librería Francesa, Huérfanos con Estado, el poeta Carlos Préndez Saldías se hacía notar con su bastón, sus quevedos y su sombrero de amplias alas, "más alón que Díaz Arrieta", como se decía en esos días. Augusto Iglesias, de seudónimo Julio Talanto, perorando con gran vozarrón, mereció este epigrama de otro de los contertulios, Salvador Reyes:

*Con talento y con talante
su vida lleva Talanto.*

*Dicen que un alto parlante
ante su parla incesante
casi se murió de espanto.*

Precioso documento el de Luis Enrique Délano, por lo demás prosista ameno y exacto.